

Nunca salí de casa—I Never Left Home

Entrevista a Margaret Randall—Interview with Margaret Randall
Episodio 06 de #GranHotelAbismo—Episode 06 of #GranHotelAbismo

00:00 - 02:49 min

Todos mentimos

Quisimos hacer del mundo un lugar mejor
pero todos mentimos.
Luchamos contra el poder con humildad,
entrega, inteligencia
y la suerte del inocente.

Las mentiras del enemigo nos invadieron, su lenguaje
disminuyó nuestras filas,
nos colocaron unos contra otros,
tocaban a los amantes, confundiendo
quiénes éramos y por qué.

Y nosotros mentimos sobre ellos, alegando
que eran narcotraficantes y asesinos,
que sus alimentos estaban envenenados
y sus calles no eran seguras.
Después mentimos sobre nosotros mismos
sembrando graves dudas, poniendo trampas terribles.

Por supuesto que le mentimos a la CIA
y a los otros torturadores.
Pero también a nuestros padres, a nuestros hijos
y a todos aquellos que deseaban de nosotros
la verdad.

Mentimos por omisión, convencidos de que teníamos
que ocultar las contradicciones.
La verdadera historia sólo podía beneficiar
a los que anhelaban destruir el sueño,
a los que nos querían muertos.
Las cuentas se saldarían más tarde.

Mentimos para proteger a los nuestros y para justificar
que no nos protegíamos.
Mentimos acerca de la necesidad de conocer lo esencial,
repetíamos como papagayos las palabras de nuestros
líderes,
incluso cuando fingían no haber cometido ningún
genocidio.

No cuestionamos la desaparición de él,
las cien puñaladas en el cuerpo de ella,
seguimos a nuestros guías que nos mentían,
y entonces nos mentíamos a nosotros mismos:
el dolor que cambió nuestras moléculas.

Hasta que luego nos convertiríamos en la promesa
que no cumpliríamos, en un fantasma agotado
y destinado a vagar con los ojos huecos:
la mentira que volvería a rondar un sacrificio
demasiado grande para ser nombrado.

Everyone Lied

We wanted to make the world a better place
but everyone lied,
fought power with humble flesh,
blood, brilliance,
and the luck of the innocent.

The enemy's lies assaulted us, their language
diminished our numbers,
turned us against one another,
touched lovers, confused our sense
of who we were and why.

And we lied about them, claimed they were
drug dealers and murderers,
all their food poisoned,
all their streets unsafe.
Then we lied about our own,
sowed serious doubt, set fatal traps.

Of course we lied to the CIA
and others who tortured us,
but also to our parents, children,
and those who came to us
for truth.

We lied by omission, convinced we must
reveal no contradiction.
The real story could only benefit
those who would destroy the dream,
who wanted us dead.
Accounts to be settled later.

We lied to protect our own and then
to justify not protecting our own.
We lied on a need to know basis,
parroted our leaders
even when they pretended genocide away.

We failed to question his disappearance,
100 knife-wounds in her body,
followed our leaders who lied to us,
then lied to ourselves:
the pain that changed our molecules.

Until later turned out to be the promise
we could not keep, a tired ghost
destined to wander hollow-eyed:
the lie that would come back to haunt
a sacrifice too big to name.

Este poema aparece en Margaret Randall, *I Never Left Home. Poet, Feminist, Revolutionary*, Durham, Duke University Press, 2020.

Traducción al español de Israel Domínguez.

1/5

Espiral

Estamos aprendiendo un idioma nuevo,
cuya pronunciación virtual
practicamos a diario

a falta de la palabra hablada
en esta era
de aislamiento discorde.

Tenemos tiempo, todo el tiempo
del mundo
hasta que no quede más.

Si la pandemia avanza
en espiral,
todos los gráficos están equivocados.

De las convicciones estadísticas
apenas nos acordamos
cuando el virus llega para quedarse.

Aprender a pensar en espiral
quiere decir deshacerse
de la arrogancia.

No somos más sanos, ni mejores,
ni más blancos,
ni más ciudadanos que.

Despojándonos del orgullo encubierto
subimos con la espiral
a habitar lugares más sabios.

Spiral

We are learning a new language,
virtual pronunciation
we practice daily

absent the spoken word
in this era
of discordant isolation.

We have time, all the time
in the world
until we have none.

If the pandemic moves
in spiral,
all the graphs are wrong.

All the statistics beliefs
we hardly remember
as the virus comes to stay.

To learn to think in spiral
means ridding ourselves
of arrogance:

We are no safer than, no better
than, no whiter
or more citizen than.

Divesting ourselves of covert pride
we move up with the spiral
to inhabit a wiser place.

Pasaporte mexicano falso

En 1968, junto a cientos de miles de otros, participé en el levantamiento estudiantil mexicano. Estos movimientos fueron comunes alrededor del mundo durante ese año en París, Nueva York, Sudáfrica y otros países. En la mayoría de estos lugares, eventualmente sucumbieron ante la oposición gubernamental, pero lograron influir la escena política antes de hacerlo. En México, la oposición estaba particularmente brutal, ya que el país albergaría, el 12 de octubre, los Juegos Olímpicos de verano. Instalaciones deportivas costosas y hoteles nuevos ya habían sido construidos y sus futuros visitantes estaban empezando a cancelar. El gobierno de Gustavo Díaz Ordaz tomó medidas agresivas ante el movimiento, reprimiendo una manifestación pacífica durante cinco largas horas con armas de fuego desde aire y tierra. En Tlatelolco, el 2 de octubre de 1968, posiblemente murieron hasta mil civiles desarmados. El gobierno declaró que el saldo había sido de veintiséis víctimas. Las olimpiadas continuaron según lo planeado. La verdad sobre la represión —reportes de noticias, fotografías— se mantuvieron ocultos durante treinta años.

En 1969, a medida que se acercaba el aniversario de nuestro movimiento, muchos de nosotros esperábamos honrar a nuestros camaradas muertos, exiliados o encarcelados. Empezamos a hacer planes para eventos conmemorativos. Fue entonces cuando dos individuos vestidos de civiles vinieron a mi casa y me acusaron de ser una extranjera que operaba una fábrica con empleados sin prestaciones, ni seguridad social. De hecho, no era extranjera en ese momento. Había tramitado la ciudadanía mexicana dos años antes. Tampoco tenía una fábrica, ni empleados. Recientemente había dado a luz a mi cuarto hijo y había estado enferma desde el parto. Estaba en la cama cuando esos paramilitares llegaron a la casa y Robert, mi compañero en ese entonces, los dejó entrar. Les dijo que la información que tenían era incorrecta y se ofreció ansiosamente a probar mi ciudadanía mostrándoles mi pasaporte mexicano.

Un error fatal. Uno de los hombres de repente sacó una pistola y tomó el documento, explicando que necesitaba completar un formulario que tenía en su automóvil. Después de que se fueron, mi pareja corrió escaleras arriba, gritando: “Tomaron tu pasaporte. Tenían una pistola. ¡Se fueron!” Inmediatamente reporté el robo y solicité un reemplazo. Una semana después me lo negaron. El Gobierno mexicano afirmó falsamente que había perdido tres pasaportes y que tal situación debía ser investigada antes de que pudieran emitir otro pasaporte. Esto dio inicio a varios meses tratando de salir de México para refugiarme en Cuba. Nos vimos obligados a enviar a nuestros cuatro hijos antes, mientras investigábamos cómo conseguir un documento sustituto, en un callejón sin salida.

Después de varios intentos fallidos, pudimos contactar a un amigo que dijo que conocía a alguien de la mafia mexicana. Por un precio —\$200 dólares— este hombre me conseguiría un pasaporte falso que podría usar para escapar. El plan involucraba ir a un salón de belleza en otra parte de la vasta metrópolis y afirmar que mi esposo estaba teniendo una aventura. Pedí un cambio de imagen completo. Varias horas más tarde, salí del

Fake Mexican Passport

In 1968, along with hundreds of thousands of others, I took part in the Mexican student uprising. Such movements were common throughout the world that year: in Paris, New York, South Africa, and elsewhere. In most places, they eventually succumbed to governmental opposition, but managed to influence the political scene before they did so. In Mexico, opposition was particularly vicious, as the country was due to host the Summer Olympics on October 12th. Expensive sports installations and new hotels had been built and prospective visitors were beginning to cancel. Mexico’s Gustavo Díaz Ordaz government came down hard on the movement, attacking a peaceful demonstration for five long hours with firepower from air and land. At Tlatelolco on October 2nd, 1968, as many as one thousand unarmed civilians may have died. The government claimed the toll had been twentysix. The Olympic games went on as planned. The truth about the repression— news reports, photographs—was kept under wraps for thirty years.

In 1969, as the year anniversary of our movement approached, many of us hoped to honor our dead, exiled, or imprisoned comrades. We began making plans for memorial events. It was then that two plainclothes individuals came to my home and accused me of being a foreigner who operated a sweat shop without paying social security benefits to my employees. In fact, I wasn’t a foreigner then. I had taken out Mexican citizenship two years earlier. Neither did I have a sweatshop or employees. I had recently given birth to my fourth child and had been ill since the delivery. I was in bed when those paramilitary men came to the house and Robert, my partner of those years, let them in. He told them that the information they had was wrong, and eagerly offered to prove my citizenship by showing them my Mexican passport.

A fatal mistake. One of the men, suddenly brandishing a gun, took the document, explaining he needed to fill out a form he had in his car. After they left, my partner raced upstairs, shouting: “They took your passport. They had a gun. They’re gone!” I immediately reported the theft and applied for a replacement. A week later I was denied. Mexico’s State Department falsely claimed I had lost three passports and such a situation needed to be investigated before it would issue me another. This began several months of trying to make my way out of Mexico to the safety of Cuba. We were forced to send our four children ahead, while investigating one dead end after another in my quest for a substitute document.

After many unsuccessful attempts, we were able to make contact with a friend who said he knew someone in the Mexican Mafia. For a price—\$200—this man would get me a false passport that I could use for my escape. The plan involved my going to a beauty parlor in another part of the vast metropolis and claiming my husband was having an affair. I wanted a complete makeover, I said. Several hours later, I emerged from that salon, my long braid cut and teased, my hair dyed blue-black, and eyebrows tweezed into pencil-thin arches. A conventional navy blue and gold striped knit dress and lady’s pumps and purse completed my disguise. With my new look, I stepped into one of those

salón con mi larga trenza cortada y rizada, mi cabello teñido de negro azulado y mis cejas depiladas en forma de arcos muy delgados. Completaba mi disfraz un convencional vestido de punto a rayas color azul marino y dorado, zapatos de tacón y bolso de señora. Con mi nueva apariencia, entré en uno de esos pequeños cubículos de fotos del centro comercial, abrí mucho los ojos y obtuve fotografías tamaño pasaporte que mostraban una mujer muy diferente a la que había sido hasta entonces. Con esas fotos en la mano, abordamos un avión a la ciudad nortea de Chihuahua, donde nos dijeron que el contacto de nuestro amigo estaría esperándonos.

Todo salió según lo planeado hasta la mañana siguiente, cuando nuestro contacto nos llevó a la oficina local de pasaportes donde yo esperaba poder comprar el documento que necesitaba. El funcionario que nos recibió había sido claramente informado de mi situación. Y estaba encantado de ayudar. Pero fue entonces cuando todo comenzó a desmoronarse. Esa oficina no emitía pasaportes nacionales, solo un libro muy distinto, de color azul pálido y semejante a un acordeón, utilizado por personas en esa ciudad del norte, quienes regularmente necesitaban cruzar la frontera con los Estados Unidos para trabajar. Para que el documento fuera válido, tenía que estar registrado en la oficina consular mexicana en el lado estadounidense, algo a lo que no me podía arriesgar. Ante la necesidad de tomar una decisión en el momento, dije que me llevaría el pasaporte inútil. Quizás me serviría de alguna manera.

Nunca me sirvió. Robert tomó un autobús a Ciudad Juárez y nos esperó en un restaurante chino previamente acordado. Mientras tanto, nuestro contacto me llevó a esa ciudad fronteriza en un camión refrigerado con reses cortadas y colgando. Justo antes del puesto de control de 28 millas, detuvo el camión y yo subí a lado de la carne. No pude distinguir la conversación apagada entre mi guardián y el oficial de control. Quizás hubo algún intercambio de dinero. Unos kilómetros más tarde, el camión se detuvo nuevamente, su conductor me liberó del frío y el hedor, y volví a subir a la cabina para continuar nuestro viaje a su lado.

Después de una cena de despedida en el restaurante chino, nuestro benefactor nos dirigió al Puente de la Amistad y entramos a los Estados Unidos. Respondimos a la pregunta de rutina de la guardia fronteriza “¿Nacionalidad?” con una igualmente rutinaria “Estados Unidos.” Luego tomé un autobús Greyhound a la frontera canadiense, donde mostré una copia de mi certificado de nacimiento. En Toronto, compré un boleto para París. No se requería pasaporte para salir de un país en ese momento, solo para ingresar a uno. En París, abordé otro vuelo a Praga, donde me esperaban contactos cubanos. Diecinueve días después estaba en La Habana, reunida con mis hijos. Robert, que había viajado legalmente desde El Paso a través de Nueva York y Madrid, había llegado la semana anterior.

Nunca usé este pasaporte falso o documento fronterizo. Doscientos dólares que no valieron para nada. Pero guardo el pasaporte falso como un recordatorio de esos tiempos difíciles.

little shopping mall photo cubicles, opened my eyes wide, and obtained passport-sized pictures that showed a very different woman than the one I had been up to then. With those pictures in hand, we boarded a plane for the northern city of Chihuahua, where we were told our friend’s contact would be waiting.

All went as planned until the following morning, when our contact took us to the local passport office where I expected to be able to buy the document I needed. The official who received us had clearly been informed of my situation. And he was delighted to help. But that’s when everything began to unravel. That office didn’t issue national passports, only a very different looking pale blue accordion-like book used by people in that northern city who regularly needed to cross the border with the United States in order to work. For the document to be valid, it had to be registered at the Mexican consular office on the US side, something I couldn’t risk. Faced with the need to make an on-the-spot decision, I said I’d take the useless book. Perhaps it would serve me in some way.

It never did. Robert took a bus to Ciudad Juárez and waited for us at a pre-arranged Chinese restaurant. Our contact meanwhile drove me to that border city in a refrigerated truck containing sides of beef. Just before the 28-mile checkpoint, he stopped the truck and I climbed in back with the meat. I couldn’t make out the muffled conversation between my savior and the checkpoint officer. Perhaps some money changed hands. A few miles later the truck stopped again, its driver released me from the cold and stench, and I climbed back into the cab to continue our journey at his side.

After a farewell dinner at the Chinese restaurant, our benefactor pointed us toward Friendship Bridge, and we walked into the United States. We answered the border guard’s routine “Nationality?” with an equally routine “USA.” I then took a Greyhound bus to the Canadian border, where I showed a copy of my birth certificate. In Toronto, I bought a ticket for Paris. No passport required to leave a country back then, only to enter one. In Paris, I boarded another flight for Prague, where Cuban contacts were waiting. Nineteen days later I was in Havana, reunited with my children. Robert, who had traveled legally from El Paso through New York and Madrid, had arrived the week before.

I never used this fake passport or border document. It turned out to be \$200 worth of nothing. But I keep it as a reminder of those difficult times.

La memoria trata de llamarnos la atención

La memoria deambula por la tierra en esta era de pandemia y de miedo.
Susurra historias de pasadas plagas,
nos hace recordar holocaustos
y genocidios,
nos dice *esto también pasará*.

La memoria trata de llamarnos la atención con libros, canciones, figuras, incluso con humor, nos asegura que el contacto amistoso que hoy extrañamos mañana va a seguir ahí.

Pero la memoria también está exhausta, vapuleada por el asedio de mensajes ambivalentes, libros de historia con capítulos que faltan, noticias tendenciosas y escribas autoproclamados.

Ella insiste en que es tan oportuna como la ciencia y la esperanza, trata de ocupar su lugar en la mesa de expertos, nos hace verla como lo que es en un momento en que sabe que se la necesita como nunca.

Escuchemos el llamado de la memoria. Pidamos a nuestros ancianos que nos cuenten sus cuentos de hazañas y dolor, de bondad y relevancia. Ella va a darles la mano si ustedes le dan la suya.

Memory Tries to Get Our Attention

Memory wanders the earth in this era of pandemic and fear.
She whispers stories of past plagues, reminds us of holocausts and genocides,
tells us *this too shall pass*.

Memory tries to get our attention with books, songs, graphs, even humor, assures us the friendly touch we miss today will still be there tomorrow.

But memory herself is exhausted, battered by an onslaught of mixed messages, history books with missing chapters, biased news reports and self-proclaimed scribes.

She insists she's as timely as science and hope, tries to take her seat at the table of experts, get us to see her for who she is at a time when she knows she is needed as never before.

Listen to Memory calling. Ask our elders for her tales of pain and heroics, kindness and relevance. She will take your hand if you give her yours.

Este poema aparece en Margaret Randall, *Starfish on a Beach. The Pandemic Poems*, San Antonio, Wings Press, 2021 y *Estrellas de mar en una playa. Los poemas de la pandemia*, Bogotá/Buenos Aires, Abisinia Editorial/Escarabajo Editorial, 2020.

Traducción al español de Sandra Toro.

Esta selección de textos es leída por Margaret Randall en "Nunca salí de casa", episodio 06 de #GranHotelAbismo. Agradecemos a la poeta su generosidad y autorización para publicar estos poemas y esta narración. Derechos reservados conforme a ley.

Margaret Randall reads this selection of texts in "I Never Left Home", episode 06 of #GranHotelAbismo. We would like to thank her generosity and her authorization to publish these poems and prose. All rights reserved.